

V CONCURSO LITERARIO DE NARRATIVA.

FIN Y PRINCIPIO

Arena hasta donde se pierde la vista, entre las últimas colinas y el mar... el mar... el aire frío de una tarde a punto de acabar bendecida por el viento que sopla siempre del norte. La playa. Y el mar.

Podría ser la perfección (imagen para ojos divinos)., un mundo que acaece basta, el mudo existir de agua y tierra, obra acabada y exacta, verdad (verdad), pero una vez más es la redentora semilla del hombre la que atasca el mecanismo de ese paraíso, una bagatela la que basta por sí sola para suspender todo el enorme despliegue de inexorable verdad, una nadería, pero clavada en la arena, imperceptible desgarrón en la superficie de ese santo icono, minúscula excepción depositada sobre la perfección de la playa infinita, con su mar. Viéndolo de lejos, no sería más que un punto negro: en la nada, la nada de un hombre y de un caballete.

El caballete está anclado con cuerdas finas a cuatro piedras depositadas en la arena. Oscila imperceptiblemente al viento que sopla siempre del norte. El hombre lleva botas de caña alta y un gran chaquetón de pescador. Está de pie, frente al mar, haciendo girar entre los dedos un pincel fino. Sobre el caballete, una tela.

Es como un centinela, esto es necesario entenderlo, en pie para defender esa porción de mundo de la invasión silenciosa de la perfección, pequeña hendidura que agrieta esa espectacular escenografía del ser. Puesto que siempre es así, basta con el atisbo de un hombre para herir el reposo de lo que estaba a punto de convertirse en verdad, y, por el contrario, vuelve inmediatamente a ser espera y pregunta, por el simple e infinito poder de ese hombre que es tragaluz y claraboya, puerta pequeña por la que regresan ríos de historias y el gigantesco repertorio de lo que podría ser; desgarrón infinito, herida maravillosa, sendero de millares de pasos donde nada más podría ser verdadero, pero todo será (como son los pasos de esa mujer que envuelta en un chal violeta, la cabeza cubierta, mide lentamente la playa, bordeando la resaca del mar, y surca de derecha a izquierda la ya perdía perfección del gran cuadro consumando la distancia que la separa del hombre y de su caballete hasta llegar a algunos pasos de él, y después justo junto a él, donde nada cuesta detenerse. Y, silencio, el mar.

El hombre ni siquiera se da la vuelta. Sigue mirando fijamente el mar: silencio. De vez en cuando moja el pincel en una taza de cobre y esboza sobre la tela unos cuentos trazos ligeros. Las cerdas del pincel dejan tras de sí la sombra de una palidísima oscuridad que el viento seca inmediatamente haciendo aflorar el blando anterior. Agua. En la taza de cobre no hay más que agua. Y en la tela, nada. Nada que se pueda ver.

Sopla como siempre el viento del norte y la mujer se ciñe su chal violeta. Ella le pregunta sobre el trabajo. Es más, realiza una apreciación: lleva días con ese cuadro y de todos los colores que se ha traído consigo no ha usado ninguno... ¿acaso no tiene valor para usarlos?, pregunta ella finalmente.

Eso parece despertarlo. Eso le ha afectado. Se vuelve para observar el rostro de la mujer. Y cuando habla no es para responder:

- Os lo ruego, no os mováis – dice.

Después acerca el pincel al rostro de la mujer, vacila un instante, lo apoya sobre sus labios y lentamente hace que se deslice de un extremo al otro de la boca. Las cerdas se tiñen de rojo carmín. Él las mira, las sumerge levemente en el agua y levanta de nuevo la mirada hacia el mar. Sobre los labios de la mujer queda la sombra de un sabor que la obliga a pensar “agua de mar, este hombre pinta el mar con el mar”. Y es un pensamiento que la inunda, es una ola.

Ella hace un rato que se ha dado la vuelta, y está ya midiendo de nuevo la inmensa playa con el matemático rosario de sus pasos, cuando el viento pasa por la tela para secar una bocanada de luz rosácea, flotando desnuda sobre el blanco. Uno podría pasarse horas mirando ese mar, y ese cielo, y todo lo demás, pero no podría encontrar nada de ese color. Nada que se pueda ver. La marea, ahí, sube antes de que llegue la oscuridad. Un poco antes. El agua rodea al hombre y a su caballete, los va engullendo, despacio pero con precisión, allí quedan, uno y otro, impasibles, como una isla en miniatura, o un derrelicto de dos cabezas.

El pintor.

Viene a recogerlo, cada tarde, una barquilla, poco antes de la puesta del sol, cuando el agua ya le llega al corazón. Es él quien así lo quiere. Sube a la barquilla, recoge el caballete y todo lo demás, y se deja llevar a casa. El centinela se marcha. Su deber ha acabado. Peligro evitado. Se apaga en la puesta de sol el icono que una vez más no ha conseguido convertirse en sacro. Todo por ese hombrecillo y sus pinceles. Y ahora que se ha marchado ya no queda tiempo. La oscuridad suspende todo. No hay nada que pueda, en la oscuridad, convertirse en verdadero.

El pintor.

Había ganado mucho dinero, en los años precedentes, al convertirse en el retratista más afamado de la capital. Podría decirse que no había, en toda la ciudad, u familia sinceramente ávida de dinero que no tuviera en casa un retrato hecho por él. Retratos, entiéndase bien, sólo retratos. Terratenientes, industriales rubicundos, señoritas en edad de merecer, ministros, sacerdotes, divas de la ópera, militares, poetisas, violinistas, académicos, mantenidas, banqueros, niños prodigio: desde las paredes buen de la capital escudriñaban, oportunamente enmarcadas, centenares de caras atónitas, fatalmente ennoblecidas por eso que en los salones era conocido como el “el toque”, curiosa característica estilística traducible como el talento, en verdad singular, con que el apreciado pintor sabía regalar un reflejo de inteligencia a cualquier mirada, aunque fuera la de un becerro. Podría haber seguido así durante años, las caras de los ricos son inagotables. Pero, de la noche a la mañana, un día decidió abandonarlo todo. Y marcharse. Una idea muy precisa, e incubada durante años, se lo llevó.

Hacer un retrato al mar.

Vendió todo lo que tenía, abandonó su estudio y partió para un viaje que, por lo que él podría comprender, podría incluso no terminar nunca. Había miles de costa repartidos por el mundo. No sería empresa fácil encontrar el punto justo. A los cronistas de sociedad que le preguntaban por las razones de aquel inusitado abandono no les mencionó el asunto del mar. Él les contestó de manera lapidaria:

- Me he hartado de la pornografía.

Todo aquel que escuchara hablar al pintor, llegaría a la conclusión de que sólo había dos posibilidades: o era insoportablemente altanero o era tonto. Pero en esto también había que entenderlo. El pintor tenía algo curioso, cuando hablaba, nunca terminaba a una frase. Era incapaz de terminarla. Llegaba hasta el final sólo si la frase no superaba las siete u ocho palabras. Si no, se perdía a la mitad. Por eso, sobre todo hablando con extraños, procuraba limitarse a proposiciones breves e incisivas. Y en ello, hay que decirlo, demostraba un talento natural. Claro está que resultaba un poco arrogante y fastidiosamente lacónico. Pero era mejor, en todo caso, que resultar vagamente bobo, lo que le sucedía con regularidad cuando se lanzaba a frases articuladas o incluso simplemente normales. No era capaz, jamás, de terminarlas.

- Dígame, pero ¿es que hay algo en la vida que seáis capaz de terminar? – le había preguntado la mujer del chal violeta una mañana.

- Sí, las conversaciones desagradables – había respondido él. Tenía talento, como se ha dicho, para hallar respuestas breves. Verdadero talento.

Bajo el sol de mediodía, la mujer del chal violeta volvió a intentarlo.

- ¿Y hacéis uno de estos cuadros al día?

- En cierto modo...

- Tendréis la habitación repleta...

- No. Los tiro.

- ¿Los tiráis?

- ¿Veis ese de ahí, el que está en el caballete?

- Sí.

- Más o menos, son todos así.

- ...

- ¿Se quedaría uno así?

- ...

- Es difícil.

- No me lo digáis a mí. Yo no sabría dibujar siquiera este pedazo de queso; es un misterio cómo podéis hacer esas cosas. Para mi es un misterio.

- El mar es difícil.

- ...

- Lo difícil es comprender por dónde empezar. Veréis, cuando hacía retratos, retratos de gente, yo sabía por dónde empezar, miraba aquellas caras y sabía exactamente... - y se detuvo en seco.

- ...

- ...

- ...

- ...

- ¿Hacíais retratos a la gente?

- Sí.

- Caramba, hace años que quiero que me hagan un retrato, de verdad, ahora os parecerá una estupidez pero...

- Cuando hacía retratos a la gente, empezaba por los ojos. Me olvidaba de todo lo demás y me concentraba en los ojos, los estudiaba, durante minutos y minutos, después hacía un bosquejo, a lápiz, y ése era el secreto, porque una vez se han dibujado los ojos... -y se detuvo en seco

- ...

- ...

- ¿Y qué sucede cuando una vez que se han dibujado los ojos?
- Sucede que todo lo demás sale por sí mismo, es como si todos los demás elementos surgieran solos en torno a ese punto inicial, ni siquiera es necesario... - y se detuvo en seco.

- Ni siquiera es necesario.

- No. Uno puede evitar mirar al modelo, todo sale por sí mismo, la boca, la curva del cuello, hasta las manos... Pero lo fundamental es empezar por los ojos, ¿me entiende?, y ahí está el verdadero problema, el problema que me está volviendo loco reside exactamente ahí... - y se detuvo en seco.

- ...

- ...

- ¿Tiene idea de dónde está exactamente el problema?

- El problema es ¿dónde están los ojos del mar? No conseguiré hacer nada hasta que lo descubra, porque ése es el principio, ¿entiende?, el principio de todo, y hasta que emprenda dónde está tendré que seguir pasando mis días mirando esta maldita extensión de agua sin... - y se detuvo en seco.

- ...

- ...

- ...

- Éste es el problema, señora mía... - había empezado solo.

Iba y venía el sol entre una nube y otra. Era el viento del norte, siempre el mismo, el que organizaba el silencioso espectáculo. El mar continuaba imperturbable recitando sus salmos. Si tenía ojos, en aquel momento no era ahí donde estaba mirando.

Silencio.

Silencio durante minutos.

Después el pintor se volvió hacia la mujer del chal violeta y dijo de golpe:

- Y usted, ¿qué estudia cada mañana con toda esa paciente atención?

Ella sonrió.

- Dónde termina el mar –dijo dulcemente.

Dos piezas de puzzle. Hechas la una para la otra. En algún rincón del cielo un viejo Señor, en aquel instante por fin las había encontrado, y Se dijo:

- ¡Diablos! Ya decía Yo que no podían haberse perdido.

El pintor miró fijamente los ojos de la mujer, que sintió un breve escalofrío que la hizo encogerse sobre sí misma.

- Alguien a quien quise mucho me decía que se había pasado el momento de querer, que no había nada más que hablar – empezó ella-. Yo creo que algún asunto le había hecho sufrir mucho, pero no te hacía cargar con ello, no era de ese tipo, se guardaba sus congojas y sabía cómo sobreponerse a ellas. Era de las que, a pesar de los pesares, tienen una idea alegre de la vida., e los que están en paz, no sé si me explico. Trabajaba todo los días, continuó trabajando hasta el final, regresando tarde a casa porque iba a ver lo más bonito... “Lo más bonito, de principio a fin...” Trabajaba mucho más cada día, a pesar de que yo la veía más menguada. Decía que la ciencia daba pasos gigantescos, y que, en fin, la tarea de ponerse al día, era interminable. Estaba fascinada porque no hubiese terminado nunca la labor de trabajar. También morir fue algo que hizo a su manera. Sin espectáculo, discretamente. Un día se metió en la cama, no se encontraba bien, y a la semana siguiente todo había acabado. No siquiera podríamos saber si sufría o no aquellos días, yo se lo preguntaba, pero a ella sólo le importaba que nadie se entristeciera por una historia

insignificante. Detestaba molestar. Sólo en una ocasión me pidió que por favor viniese con ella a la orilla del mar. No fue sencillo. No dejábamos de ir de sitio en sitio, de orilla en orilla, hasta que eligió el lugar que tocaba. Me dijo “aquí”. Miraba, y volvía a mirar, lo saboreaba con los ojos, por decirlo de alguna manera. “El mar...” decía en voz baja. Murió por la mañana. Cerró los ojos y ya no volvió a abrirlos. Simple. No sé. Hay gente que se muere y, con todos los respetos, no se pierde nada. Pero ella era de las personas que, cuando ya no están, lo notas. Como si el mundo entero, de un día para otro, se hiciera un poco más pesado. A lo mejor este planeta y todo lo que hay en él, flota en el aire sólo porque hay muchas personas como ella por ahí, ocupadas en mantenerlo todo en su sitio. Con su ligereza. No tienen cara de héroe, pero mantienen el mundo en marcha. Son así. Ella era así. O sea: era capaz de cogerte por el brazo un día cualquiera, por la calle, y decirte un gran secreto: “Una vez vi ángeles” susurraba, “estaban en la orilla del mar, allí donde termina el mar...”. A pesar de que ella no creía en Dios y era muy práctica, y no mostraba gran predisposición hacia las cosas de la Iglesia, no sé si me explico... Me emociono y no dejo de desvariar... Pero ella decía que había visto ángeles. Y te lo decía. Te cogió del brazo, un día cualquiera, por la calle, y con la maravilla en los ojos te decía: “una vez vi ángeles allá donde termina el mar”. ¿Cómo no querer a alguien así?

Silencio. El pintor miró los ojos de la mujer del chal violeta, y un afluente surgió de cada uno de ellos. La emoción refrescó con un soplo del aire, y a lo lejos, la barca que debía recogerle, se acercaba lentamente.

- Vine aquí ese último día, y espero ver el fin del mar... Miro cada ola donde se rompe y hasta donde llega, y ahí puede estar el término, pero de pronto otra acaba antes o después... - dijo de nuevo enjuagándose los ojos.
- Podría decirle donde está el final y supiese dónde se encuentra... - y se detuvo en seco.

- ...

- Si supiese donde se encuentra el principio.

- ...

- ...

- En los ojos.

- Sí, en los ojos, pero no sé dónde tiene los ojos el mar.

- En sus ojos.

- ...

- El principio del mar está en sus propios ojos... - dijo ella mirándole fijamente-. Miro sus ojos buscando los ojos del mar, mirando el mar, y ahí está donde empieza.

- Pero... - y se detuvo en seco.

- Ojalá fuese tan fácil encontrar donde termina esa mirada...

El pintor miró fijamente los ojos la mujer, que no se sintió abrumada a pesar de que pasaban los minutos. Las olas alcanzaron sus pies. La barca esperaba pacientemente. Y él abrió los labios. Los cerró. Una leve sonrisa. Seriedad inmediata. Una leve sonrisa.

- Los mismos ojos que miran el principio son los que encierran el final... -dijo, y se detuvo en seco.

La mujer del chal violeta llevó sus dedos hacia sus mejillas, y miró al mar. Miró

alrededor suyo, la arena, el cielo, la barca que se mecía con el aire del norte. Y sonrió a su ritmo.

- Claro... Ahí es donde ella miraba cuando la traje... Me miraba... - dijo al fin con una sonrisa tonta.

- Los mismos ojos que miran el principio del mar son los que encierra el mismo final de mar...

EPILOGO

Catálogo provisional de la obras pictóricas del pintor JROGURY JGOLSH GHJUERT ordenadas por orden cronológico a partir de su estancia en la ciudad de OWIEMD hasta llegar la muerte del mismo.

1. Nuestro mar soñado, óleo sobre tela. 15 x 21,6 cm.

Descripción: Completamente blanco.

2. Nuestro mar soñado, óleo sobre tela, 80,4 x 110,5 cm.

Descripción: Completamente blanco

3. Nuestro mar soñado, acuarela, 35 x 50,5 cm.

Descripción: Blanco con una vaga sombra ocre en la parte superior.

4. Nuestro mar soñado, óleo sobre tela, 44,2 x 100,8 cm.

Descripción: Completamente blanco. La firma está en rojo.

5. Nuestro mar soñado, óleo sobre tela, 31 x 26 cm.

Descripción: Completamente blanco.

Al entregárselo a su representante el autor dijo textualmente: "Es lo mejor que he hecho hasta hoy". El tono, parece ser, era de profunda satisfacción.

6. Nuestro mar soñado, pastel sobre papel. 19 x 31,2 cm

Descripción: En el centro del papel, ligeramente desplazada hacia la derecha, una pequeña vela azul. El resto, blanco.

7. Nuestro mar soñado, lápiz sobre papel, 26 x 13,4 cm

Descripción: un ojo definido ligeramente. Tres líneas y un leve sombreado.

Nota: Este dibujo fue regalado a su representante por el médico que trato al autor durante el breve y doloroso curso de su enfermedad terminal (pulmonía). Según su testimonio, del cual no hay razón para dudar, este fue su último trabajo, a aquellas alturas en las que se vio obligado a permanecer en el lecho y cada día más débil. Siempre según el mismo testimonio, murió serenamente, en sosegada soledad y con el alma en paz. Escribió: "No es una cuestión de colores, es una cuestión de cómo mirarlo y escucharlo, de los ojos, ¿comprendéis? Ella me lo dijo, pero he necesitado mucho tiempo, y ahora...".